

I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Realismo intransigente y lenta impaciencia. Perry Anderson, Daniel Bensaïd y el recomienzo del marxismo.

Roggerone, Santiago Martín.

Cita:

Roggerone, Santiago Martín (2015). *Realismo intransigente y lenta impaciencia. Perry Anderson, Daniel Bensaïd y el recomienzo del marxismo. I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-079/19>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Santiago M. Roggerone

UBA/ CONICET

santiagoroggerone@gmail.com

Mesa 4: Persistencias contemporáneas del marxismo

Título de la ponencia: **Realismo intransigente y lenta impaciencia. Perry Anderson, Daniel Bensaïd y el recomienzo del marxismo**

En *Impensar las ciencias sociales*, Immanuel Wallerstein plantea que han existido «tres eras marxistas» (1998: 194). La primera habría sido la del propio Marx; ella se extendería desde la década de 1840 hasta la de 1880. La segunda era habría sido la del marxismo ortodoxo, la cual se prolongaría desde la década de 1880 hasta la de 1950. Finalmente, la tercera de las eras marxistas habría comenzado en los años cincuenta del siglo XX y en términos generales aún no habría concluido. Según Wallerstein, esta última sería la era de los «miles de marxismos, la era en la que el marxismo “hizo explosión”» (1998: 195). Durante este período, añade André Tosel siguiendo la hipótesis del autor, lo que progresivamente habría encontrado su fin no habría sido el marxismo como tal sino más bien la experiencia histórica del marxismo-leninismo, la experiencia de una «ortodoxia única, dominante» y las «esperanzas depositadas en un marxismo verdadero» (2008: 44). Más que la muerte del marxismo, lo que tuvo lugar entonces con la crisis fue el «florecimiento de mil marxismos» (ibídem: 42). Y esto pudo constatarse aún después de la caída del Muro de Berlín y el colapso del bloque soviético, cuando los mil marxismos se tornaron un verdadero archipiélago y tuvo lugar la irrupción de aquello que siguiendo a Razmig Keucheyan (2013) podríamos denominar *nuevas teorías críticas de la sociedad*.

Los dos autores a los que concederemos atención aquí se inscriben sin lugar a dudas en la constelación o campo de fuerzas de estas nuevas teorías críticas. En lo fundamental, forman parte ellos de ese amplio y extenso movimiento intelectual a través del que se ha dado paso a un nuevo comienzo de la crítica. Ahora bien, en lo que concierne a un punto clave ambos toman decidida distancia del resto de los nuevos teóricos críticos. Si bien la mayoría de éstos permanecen fieles

al que claramente es el propósito u objetivo general del marxismo —*la crítica implacable del estado de cosas existente*—, en lo que atañe a la reescritura de los proyectos teórico, filosófico y político mediante los cuales el mismo se articula, han roto ya decisivamente con él. Tanto Perry Anderson como Daniel Bensaïd —los pensadores a los que atenderemos— se caracterizan no sólo por seguir apostando por el marxismo como crítica del estado de las cosas sino también por persistir en él como proyecto científico, proyecto filosófico y proyecto político. Verdaderos renovadores de la crítica social y política, Anderson y Bensaïd han hecho lo imposible por neutralizar los principales desafíos lanzados al marxismo a nivel de las ideas una vez abierta la crisis más severa que éste ha lidiado a lo largo de su historia.

En lo que sigue delinearemos entonces los contornos de las actitudes político-intelectuales a través de las cuales Anderson y Bensaïd se lanzaron a esta exultante tarea —a saber: el *realismo intransigente* (II) y la *lenta impaciencia* (III). Para ello será menester antes reconstruir mínimamente las trayectorias cruzadas de los autores (I).

I

Perry Anderson y Daniel Bensaïd: itinerarios los de estas descollantes figuras del marxismo de la segunda parte del siglo XX que tienen mucho y poco en común. Itinerarios que son los de toda una generación que se formó al calor del ascenso de la nueva izquierda, tomó parte en los acontecimientos libertarios de 1968 y experimentó luego la desesperación y soledad de los años oscuros que siguieron. Itinerarios, también, que se intersecan con los del marxismo occidental y los de la reactivación del marxismo revolucionario. Itinerarios de la derrota pero a la vez de la resistencia.¹

Hay algo que unió a ambos desde el momento mismo en que vinieron al mundo: un internacionalismo hecho carne, una extraterritorialidad sumamente íntima. Descendiente de propietarios rurales angloirlandeses, Anderson nació en Londres en septiembre de 1938 y pronto se trasladó a China —país donde su padre había sido enviado a cumplir funciones como oficial de

¹ Para lo que sigue me baso sobre todo en el estudio biográfico de Gregory Elliott (2004) y en las memorias del propio Bensaïd (2004).

las Aduanas Marítimas Imperiales—, para luego hacerlo a Estados Unidos e Irlanda, y finalmente retornar a Inglaterra. Bensaïd, por su parte, nació en Toulouse en marzo de 1946 y creció junto a refugiados republicanos españoles e italianos antifascistas; éste era el aire que se respiraba en Le Bar de Amis, una taberna de la clase obrera donde celebraba sus mítines la sección local del Partido Comunista Francés y que era propiedad de su padre —un boxeador judío-sefaradí oriundo de Argelia, que había logrado eludir a la Gestapo.

Fue este clima internacionalista y de permanente extrañamiento lo que llevó a ambos a acercarse desde muy jóvenes al mundo de las izquierdas. Anderson tomó contacto con la nueva izquierda británica que frecuentaba el University Labour Club —allí conocería a Isaac Deutscher, su mentor— y que pronto lanzaría la mítica *New Left Review* —una fusión de otras dos publicaciones, *University and Left Review* y *New Reasoner*, que en su primera etapa fue dirigida entre otros por Stuart Hall. Bensaïd se unió a la juventud comunista y fue ganado por la oposición de izquierda que era animada por Alain Krivine y Henri Weber; junto a ellos, enseguida sería expulsado del Partido y fundaría la Jeunesses Communistes Révolutionnaires, una organización que a regañadientes de Bensaïd —en ese momento guardaba él una mayor estima por el guevarismo que por el trotskismo— se vincularía con el Secretariado Unificado de la IV Internacional.

Con estas peculiares afiliaciones de juventud los itinerarios de las figuras examinadas comienzan a divergir un poco. Pues la trayectoria de uno es la de un historiador independiente al cual el centralismo democrático producía verdadera urticaria, la de un intelectual francotirador que por décadas dirigió una prestigiosa revista teórico-política; la del otro, mientras tanto, fue la de un militante disciplinado, la de un ensayista y profesor de filosofía —Bensaïd se resistía a que se lo tuviese como un filósofo— que durante toda su vida batalló ferozmente contra una razón positivista que a su entender había colonizado al marxismo.

En lo que refiere puntualmente a los acontecimientos de 1968, el rol que cumplió el francés como dirigente revolucionario que era fue por supuesto mucho más destacado que el del británico, quien durante ese convulsionado año se situó en aquella posición a la que una y otra vez regresaría —a saber: la del observatorio olímpico. Mientras uno se jugaba todo por el todo en las barricadas de París —al punto de que el régimen de Charles de Gaulle disolvería su organización

y lo obligaría a pasar a la clandestinidad, donde fundaría la Ligue Communiste—, el otro se preocupaba desde las páginas de la *New Left Review* por cómo combinar su *deutscherismo* con el comunismo italiano y el marxismo sartre-gramsiano primero, y con el estudiantismo y tercermundismo guevaro-maoísta y el marxismo occidental de Louis Althusser y Lucio Colletti más tarde.

Ahora bien, las caracterizaciones del período abierto a partir de 1968 a las que Anderson y Bensaïd rindieron pleitesía guardaron importantes semejanzas. Ello probablemente tenga que ver con la influencia que sobre ambos generó Ernest Mandel, el economista belga que había sucedido a Michel Pablo como máximo referente de la IV Internacional. Si en Bensaïd tenemos a un dirigente de la sección francesa del Secretariado Unificado —la renovada Ligue Communiste Révolutionnaire— que, en tanto responsable político de América Latina y las organizaciones clandestinas del Estado español se reportaba directamente a Mandel, en Anderson tenemos a un intelectual que impresionado por el debate que el belga había mantenido con Nicolas Krassó, llevó a cabo una gradual transición hacia la tradición del trotskismo —de tal manera que, reconociéndola como «el polo de referencia política central e inevitable dentro de la *NLR*» (1985: 169) y considerándola como la única «capaz de una visión adulta del socialismo a *escala mundial*» (ibídem: 172-73), a mediados de la década de 1970 la idealizaría como el candidato para finalmente dar paso a la esperada «reunificación de la teoría y la práctica en un movimiento revolucionario de masas» (1979: 125).

En esta convergencia en torno a la tradición del trotskismo se esconde, sin embargo, una profunda divergencia. Pues mientras que el trotskismo de Anderson fue uno selectivo y si se quiere hasta imaginado —uno que se redujo a Deutscher, Rosdosky y Mandel e ignoró a personajes como Posadas, Lambert o Moreno—, el de Bensaïd fue uno bastante más realista, producto de un minucioso balance de lo vivido en carne propia —recordemos que, con la claridad que concede la distancia, prefirió «hablar de *los trotskismos* en plural» antes que «hacerlo de *trotskismo* en singular» (2002: 12), designándole además a él el estatuto de «una herencia preciosa, pero sin modo de uso» (ibídem: 45).

Como fuera, el punto es que ambos experimentaron las mismas decepciones, los mismos fracasos. Puede, en efecto, que Bensaïd haya vivido éstos de un modo algo más trágico, pues le

tocó presenciar cómo el sustitucionismo y la lucha armada que la IV Internacional irresponsablemente impulsó en América Latina se trocaron en la desaparición, la tortura y el asesinato de innumerables camaradas. Pero las ocasiones perdidas y las oportunidades desaprovechadas por el trotskismo en su intento de generar un marxismo alternativo, coherente y creativo también tuvieron sus consecuencias para Anderson. Tras pegar un largo rodeo a través del laboratorio de las formas de la historia y ajustar cuentas con el marxismo occidental y Gramsci primero y E. P. Thompson después, se vio obligado a dimitir de la dirección de la *New Left Review*, que por entonces entraba en un (nuevo) proceso de reorientación.

Los ochenta llegaban y con ellos la consolidación de la derrota. «La reunificación de la teoría marxista y la práctica popular en un movimiento revolucionario de masas experimentó un notable fracaso en cuanto a su materialización», escribía Anderson (1986: 26) hacia 1983, nuevamente refugiado en la atalaya deutscheriana —una atalaya que, sin embargo, esta vez se erigía desde la comodidad que ofrecía la UCLA. Sin moderarse o romper vínculos con el Secretariado Unificado, Bensaïd, quien pasaba sus días enseñando e investigando en la Université Paris-VIII y el International Institute for Research and Education de Ámsterdam, compartía el juicio.

No obstante, las actitudes asumidas ante la derrota contrastan, pues mientras Anderson se abroquela, Bensaïd se entrega a la apertura y el encuentro. Efectivamente, tomándose muy en serio lo que Trotsky dijera poco antes de morir —«los que no son capaces de defender las posiciones ya conquistadas, nunca conquistarán ninguna más» (2010: s/p)—, durante los ochenta y comienzos de los noventa el primero se atrincheró y entabló una batalla encarnizada contra las corrientes de pensamiento francesas que él mismo había ayudado a difundir; analizó y polemizó con los distintos candidatos a reemplazar al materialismo histórico desde el centro o la derecha; revisó y reconsideró los estudios históricos que había llevado a cabo décadas antes. Por su parte, padeciendo ya los efectos de ese terrible virus que indirectamente acabaría con su vida en 2010, el segundo se consagró a escribir todo aquello que hasta el momento la militancia le había impedido escribir. *Marx intempestivo*, quizás el más importante de la treintena de libros que aparecieron bajo su firma, constituye una prueba cabal de que en tiempos de oscuridad se entregó a una defensa del marxismo tan o más radical que la de Anderson. Sin embargo, el llevar a cabo esa defensa no le impidió intentar nuevas cosas —allí están la revista *ContreTemps*, la serie de libros que editó en Syllepse o la Société Louise Michel que patrocinó.

Poco antes de morir Bensaïd apoyaba la autodisolución de su organización en el Nouveau Parti anticapitaliste. La decisión más osada que en el último tiempo ha tomado Anderson es la de reasumir la dirección de la *New Left Review*. Pues los sitios seguros de la atalaya y el laboratorio han llevado a uno durante toda su vida a contemplar el *spectrum* del mundo de las ideas y experimentar con las formas de la historia. Por su parte, los incómodos lugares de la razón estratégica y la política profana llevaron al otro a lo largo de su itinerario a esperar pero a no morir clavado detrás de las barricadas, a resistir pero inventando las armas necesarias para trocar el temor en coraje, la derrota en victoria.

II

Perry Anderson guardó siempre una estricta fidelidad al sitio desde el que había partido. De lo que en todo momento para él se ha tratado es de tomar distancia, manteniéndose imperturbablemente expectante para así someter lo contemplado al «implacable laboratorio de la historia» (Trotsky, 2010: s/p). En términos de Isaac Deutscher —el punto de partida aludido—, podría decirse que durante toda su vida el autor abogó por elevarse «*au-dessus de la mêlée*» (1984: 57) a los fines de «observar con imparcialidad y diligencia el caos de un mundo agitado, estar al acecho de lo que va a emerger de él e interpretarlo *sine ira et studio*» (ibídem: 58). Aficionado al *arte de la espera* con el que alguna vez Jean-Paul Sartre identificó a la tradición del trotskismo, Anderson siguió al pie de la letra a su mentor en la conjugación de la serenidad olímpica, la visión iconoclasta y la astucia política.

Verdaderamente comprometido también con el estoicismo de Gramsci, en todos estos años Anderson ha procurado compensar «la resistencia moral» con «la innovación política» (1992: 11). A su entender, «la derrota» siempre ha sido «una experiencia difícil de dominar» (2008: 10). Puesto que «la tentación de sublimarla» una y otra vez se pone en juego cuando ella tiene lugar, se torna necesario, nos dice, «mirar a la cara a los adversarios teóricos, sin indulgencia ni autoengaño» (ídem). Pues nunca «es lo mismo ser derrotado que doblegado» (ibídem: 13).

Ciertamente, de esta premisa que en más de un sentido invoca a Trotsky, parten todos sus escritos. En la editorial del 2000 para la *New Left Review*, el autor otorga a ella el nombre de

«realismo intransigente» (2000b: 12). Diferenciándola de posturas tales como las de la «acomodación» o el «consuelo» (ibídem: 11), se refiere a esta actitud político-intelectual como un punto de vista con el que es posible negar «toda componenda con el sistema imperante» y, al tiempo, rechazar «toda piedad y eufemismo que puedan infravalorar su poder» (ibídem: 12). *Pregonar escepticismo para lo que concierne al presente pero esperanza para lo que respecta al futuro*: de eso trata a grandes rasgos la actitud en cuestión.

Compañeros de ruta de Anderson como Gilbert Achcar (2000) o Alex Callinicos no han dudado en endilgar a esta perspectiva un cierto «pesimismo» (1996: 15) que se habría gestado como consecuencia de la renuncia al «proyecto, formulado por Trotsky en 1933, de construir organizaciones revolucionarias independientes del estalinismo y la socialdemocracia» (1990: 48). Es cierto que el desacuerdo con la fundación de la IV Internacional y el consecuente repliegue en una atalaya por parte de Deutscher conllevó la expectativa de reformas en la URSS que pudieran «llevar a cabo desde arriba la revolución política que Trotsky hubiera querido que surgiera desde abajo» (ibídem: 51). No obstante, reducir el realismo de la inteligencia y la intransigencia de la voluntad a la abyección y la apatía constituye cuanto menos un error, pues la atalaya nada tiene que ver con la lúgubre y melancólica torre de marfil.

Asimismo, es injusto referirse al enfoque andersoniano a la manera de Elías J. Palti, como una suerte de «*Saber sin Verdad*» (2005: 23) —es decir, como una suerte de renuncia al horizonte político-práctico del marxismo en pos de una salvación de su teoría. Decididamente inscripto en la tradición de «herederos de Trotsky» (Anderson, 1979: 121) descrita hacia el final de *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Anderson no ha renunciado nunca al anticapitalismo o a la lucha por la consecución del socialismo y el comunismo. Delimitándose de todo tipo de artimañas idealistas, hace gala en sus trabajos de realismo, racionalismo, objetividad y universalidad. A propósito, Ariel Petruccelli escribe que el marxismo andersoniano

Es realista tanto en el sentido ontológico y epistemológico de la palabra (en los que el realismo se opone al idealismo), cuanto en el sentido político del término: intenta fundar la acción revolucionaria en una adecuada y realista comprensión de la historia y de las coyunturas. Es racionalista en el sentido de confiar en la razón y de creer que, en principio al menos, resultaría posible tener buenas razones para elegir entre teorías rivales. Es objetivista si por “objetivo” entendemos un discurso pasible de ser sometido a contrastación y control. Y es universalista porque sin desconocer la enorme diversidad histórica y cultural

de las sociedades humanas presupone que existen, entre todas ellas, ciertos elementos comunes (algunas características, determinadas necesidades, ciertos límites) (2010: 156-157).

Tal como Gregory Elliott ha indicado, estos presupuestos permiten a Anderson balancear en su obra «la reflexión sobre “el rumbo de los tiempos” con la resistencia a este mismo rumbo» —esto es, «el realismo de la inteligencia» con «la intransigencia de la voluntad» (2004: 383). En suma, lo que entraña la perspectiva andersoniana es una iniciativa intelectual que pese a todo y contra a todo persiste en el marxismo y el horizonte despejado por la política revolucionaria.

Desesperanzado más nunca desesperado, por consiguiente. La paciente y tozuda espera en la atalaya ha permitido a Anderson resistir una y otra vez las derrotas con las que las izquierdas han tenido que vérselas. Concluyendo su ensayo de 1992 sobre el fin de la historia con el que una vez más volvía a empezar desde el principio, se preguntaba qué era lo que el futuro depararía al socialismo. Para articular una respuesta, procedía por analogía y daba cuenta de un «espectro de posibilidades», de «una serie de desenlaces típicos ideales» (1996: 159). La primera de las alternativas era la del experimento jesuita en Paraguay: «el olvido» (ibídem: 161); la segunda la de lo sucedido con la Revolución Inglesa en el contexto de la Revolución Francesa: la reformulación, la «sustitución de valores» (ibídem: 164); la tercera la de lo ocurrido con la Revolución Francesa en las revoluciones que le sucedieron en el siglo XIX: la «mutación» (ibídem: 166); la cuarta y última la del liberalismo: la «redención ulterior» (ibídem: 171). «Jesuita, *Leveller*, jacobino, liberal»: esas eran «las imágenes en el espejo» (ibídem: 173).

Es cierto que por lo general las «analogías históricas» son poco «suggerentes», pero en ocasiones pueden ellas «resultar más fructíferas que las predicciones» (ídem). Tan «buen conocedor de las ironías de la historia» como su maestro Deutscher, Anderson guardaba predilección por la cuarta de las alternativas contempladas —al fin y al cabo, la restauración del capitalismo en Rusia «podría, al igual que otras restauraciones, tener un papel redentor en el complicado progreso a largo plazo hacia una libertad humana común» (1998: 116). No tiene mucha importancia si la opción por la que entonces el autor se inclinaba será la que finalmente habrá de imponerse. Lo verdaderamente significativo es que en su consideración del problema Anderson no renunció a evaluar todas y cada una de las posibilidades, todos y cada uno de los eventuales desenlaces. Pues dotado de un carácter estoico pero a la vez comprometido, el realista e intransigente Anderson

siempre se negó a seguir el camino trazado por el desafío fichteano que alguna vez Georg Lukács lanzara —a saber: si los hechos no se adecúan a las expectativas, «tanto peor para los hechos» (2005: 47). Las palabras finales que escribe sobre Fredric Jameson en *Los orígenes de la posmodernidad* evocan del mejor modo su propia fisonomía.

En la relación más amplia que el conjunto de sus escritos mantiene con el mundo exterior, la voz de Jameson no ha tenido igual en la claridad y elocuencia de su resistencia al rumbo de los tiempos. Mientras la izquierda era más numerosa y atrevida, su obra teórica se mantenía a cierta distancia de los acontecimientos inmediatos. A medida que la izquierda se veía cada vez más silenciada y cercada, perdiendo la capacidad de imaginar cualquier alternativa al orden social existente, Jameson ha venido hablando cada vez más directamente al carácter político de la época, rompiendo el hechizo del sistema:

con qué violencia se compra la benevolencia

qué coste en gestos trae la justicia

qué agravios entrañan los derechos civiles

qué acecha

este silencio (2000a: 184-185).

III

La mejor manera de describir a Daniel Bensaïd es comparándolo con el viejo topo que mina y zapa a lo largo de las páginas de ese maravilloso ensayo que es *Resistencias* —ensayo éste cuyo título marca ya la pauta de que siempre hay más de un modo de lidiar con la experiencia de la derrota y de que, por tanto, la solitaria retirada a la atalaya nunca es la única opción. Habiendo sido derrotado políticamente en más de una oportunidad, Bensaïd jamás optó por entregarse a la resignación, el arrepentimiento o la amargura. Amante de la literatura y dueño de una pluma única, digna de un verdadero alquimista, este judío-sefaradí no-judío continuó adelante una y otra vez, socavando los cimientos del estado de cosas existente.

En la tipología de las nuevas teorías críticas que Keucheyan propone en *Hemisferio izquierda*, el autor es incluido dentro del grupo de los resistentes. El juicio es por demás atinado, pues ante

todo Bensaïd fue un militante disciplinado pero realista que cuando lo hizo falta admitió la derrota y reconoció que la relación de fuerzas era desfavorable. Jamás entregó las armas, sin embargo. Contra la corriente, a contrapelo y a contratiempo, en las últimas décadas de su vida se dotó de la actitud político-intelectual de la «lenta paciencia testaruda» (Bensaïd, 2006: 18), de la «paciencia impaciente» (ibídem: 19), con la que logró extraer victorias de las derrotas, con la que consiguió dar lugar a «victoriosas derrotas» (ibídem: 21).

Marx intempestivo debería ser tenida justamente como una victoriosa derrota producto de la labor de la lenta impaciencia. Aparecida en 1995 —es decir, a muy poco de la consagración del neoliberalismo como *única alternativa*—, la obra reelaboraba el pensamiento de Marx a través de tres críticas: la de la razón histórica, la de la razón sociológica y la de la positividad científica. Regresando para avanzar, retrocediendo para saltar, Bensaïd pensó al marxismo aquí como una ciencia *hecha de otro modo*. Vale decir, una ciencia del trabajo de lo negativo y el punto de vista de la totalidad asociada con nombres como los de Platón, Descartes, Spinoza y Leibniz; una ciencia que posee el sentido de la *deutsche Wissenschaft* hegeliana a la que no asusta la ausencia de clasificaciones estáticas o definiciones unívocas y seguras —antes que de éstas, para la formulación conceptual ella se vale de determinaciones momentáneas—; una ciencia escurridiza, dialéctica, cuyo objeto no es otro que la complejidad de lo real; una ciencia en donde las variaciones e inconsistencias terminológicas conviven con la rigurosidad y la argumentación; una ciencia, en pocas palabras, en la cual el saber racional se anuda con la política, la ética y el goce estético. Al no revestir la forma de ningún tipo de sistema doctrinario, a causa de que no mantiene vínculo alguno con la lógica subyacente a la razón instrumental y el positivismo, a esa *otra cosa* que es el marxismo, a esta peculiar ciencia *hecha de otro modo*, sólo puede caberle el estatuto, nos dice Bensaïd, de «una teoría crítica de la lucha social y de la transformación del mundo» (2003: 22).

Es sumamente importante la batalla que en éste y otros trabajos el francés libra contra la «filosofía especulativa de la historia», la «sociología empírica de las clases» (ibídem: 21) y la «ciencia positiva de la economía acorde al paradigma [...] de la física clásica» (ibídem: 22), porque le permite concebir al marxismo como un *dogmatismo abierto* que pone énfasis en la política y la estrategia. Como señala Sebastian Budgen (2010) en el conmovedor obituario que escribió homenajando a su amigo, el marxismo bensaïdiano constituye en lo fundamental un arte

de la política, un pensamiento de la revolución permanente y los desarrollos desiguales y combinados, una lectura puntillosa de la «discordancia de los tiempos» (ibídem: 49) y la «no contemporaneidad» (ibídem: 50).

El rechazo de una historia cerrada y replegada sobre sí misma y la consecuente aceptación de la apertura radical a la que la misma estaría sometida —es decir, la aceptación de las crisis, acontecimientos y nuevos comienzos puestos en juego en ella—, entraña para el autor que pese a todo el viejo topo continúa cavando. De Shakespeare a Hegel y de Hegel a Marx, el pequeño mamífero «renace incansablemente de sus propias derrotas» (Bensaïd, 2006: 17). Él evoca «la imagen no-heroica de la abnegación preparatoria, de los preliminares indispensables para el amor, del trabajo ante el umbral» —la imagen de «un agente de la profundidad y la latencia», de «una especie de texto invisible que corre bajo el visible, que a menudo lo corrige y otras veces lo contradice» (ibídem: 160).

Este modo cuasi benjaminiano de concebir al marxismo y en particular a la historia se da de bruces con las conjeturas y analogías andersonianas, pues, a entender de Bensaïd, la pretensión científica de prever el futuro desde las alturas es ridícula. Lo único cierto es que la historia es incierta. En todo momento el autor hace suya la hipótesis de Gramsci:

En realidad se puede prever “científicamente” sólo la lucha, pero no los momentos concretos de ésta, que no pueden sino ser resultado de fuerzas contrastantes en continuo movimiento, no reducibles nunca a cantidades fijas, porque en ellas la cantidad se convierte continuamente. Realmente se “prevé” en la medida en que se actúa, en que se aplica un esfuerzo voluntario y con ello se contribuye concretamente a crear el resultado “previsto” (1999: 267).

Aún así, esta lucha que puede preverse es indecisa, su desenlace nunca está garantizado. ¿Qué hacer, por consiguiente, en un momento como el actual en el que las analogías históricas serían poco más que irrelevantes? La figura del marrano, apunta Bensaïd, podría constituir todo un modelo a seguir. Como habían hecho los primeros cristianos que practicaban conspirativamente su nueva fe, como harían los trotskistas más tarde, los marranos, judíos-sefaradés perseguidos durante los tiempos de la Inquisición, hicieron de un término peyorativo una señal de fuerza moral —vale decir, un «signo distintivo de una especie de aristocracia secreta del espíritu» (Bensaïd, 2006: 65). Obligados a convertirse al cristianismo, continuaron observando sus

costumbres y practicando sus ritos de manera clandestina. Resistiendo, aprendiendo a vivir en el secreto, se adiestraron con maestría en el arte de la lenta impaciencia. A la vez fieles e infieles, los marranos esperaron lo suficiente como para no desistir, como para no ceder al deseo. Lograron, así, trocar la derrota en victoria.

El marrano se presenta [...] como una figura esencial del presente, un espectro que retorna siempre, un topo tal vez, en su resistencia secreta a los poderes de la dominación. En los nuevos tiempos de trastornos, de pánicos de identidad y de pertenencia inciertas, nos vemos confrontados al espectro de un marrano imaginario [...] Como el topo, el marrano es fiel y paciente. Impaciente también. Con lentitud, con tenacidad. Juega con el tiempo. Él dirá la última palabra (ibídem: 67).

Con obstinación y testarudez, Bensaïd persistió siempre en la excavación de sus agujeros y cráteres. Yendo y viniendo a través de la oscuridad subterránea de los túneles y las galerías, perseveró en la delicada labor de la perforación. Sin prisa pero sin pausa, en silencio pero con constancia, trabajó preparando la crisis del porvenir. Animal eminentemente político, jamás se escondió él en la madriguera de la ontología. Permaneció más acá de la historia, sin por ello cerrarse a la irrupción del acontecimiento. Arrancó éste a la teología y la metafísica para entregarlo a la historia y la política. Dando lugar a un verdadero arte del contratiempo, lo puso en relación con las condiciones históricas que lo (sobre)determinan. Supo perfectamente bien que la revolución es intempestiva, que nunca llega a la hora señalada. Reparó, de hecho, en que ella jamás podrá poner un punto final. Estuvo al tanto de que «una historia sin acontecimientos sería tan impensable como un acontecimiento sin historia» (ibídem: 163). Eximio sanador, ese viejo topo que fue Bensaïd suturó la herida que separa a la necesidad de la contingencia.

Para conjurar la crisis, no son suficientes las resistencias sin proyecto y las apuestas sobre una hipotética salvación circunstancial. Es necesario mantenerse firme a la vez sobre la lógica de la historia y sobre la improvisación del acontecimiento. Quedar disponible a la contingencia del segundo sin perder el hilo del primero. Es el propio desafío de la acción política. Pues el espíritu no progresa en un tiempo vacío, “sino en un tiempo infinitamente pleno, lleno de luchas”.

Y de acontecimientos, de los que el topo prepara la llegada.

Con una lenta impaciencia. Con una paciencia impaciente.

Pues el topo es un animal profético (ibídem: 180-181).

Bibliografía

Achcar, G. (2000), «The “historical pessimism” of Perry Anderson», en: *International Socialism Journal*, Otoño.

Anderson, P. (1979 [1976]), *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI.

Anderson, P. (1985 [1980]), *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI.

Anderson, P. (1986 [1983]), *Tras las huellas del materialismo histórico*, México, Siglo XXI.

Anderson, P. (1992), *English Questions*, Londres y Nueva York, Verso.

Anderson, P. (1996 [1992]), *Los fines de la historia*, Barcelona, Anagrama.

Anderson, P. (1998 [1992]), *Campos de batalla*, Barcelona, Anagrama.

Anderson, P. (2000a [1998]), *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama.

Anderson, P. (2000b [2000]), «Renovaciones», en: *New Left Review*, N° 1.

Anderson, P. (2008 [2005]), *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*, Madrid, Akal.

Bensaïd, D. (2002 [2002]), *Trotskyismos*, Madrid, El Viejo Topo.

Bensaïd, D. (2003 [1995]), *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*, Buenos Aires, Herramienta.

Bensaïd, D. (2004), *Une lente impatience*, París, Stock.

Bensaïd, D. (2006 [2001]), *Resistencias. Ensayo de topología general*, Madrid, El Viejo Topo.

Budgen, S. (2010), «The Red Hussar: Daniel Bensaïd, 1946-2010», en: *International Socialism*, N° 127.

Callinicos, A. (1990), *Trotskyism*, Milton Keynes, Open University Press.

- Callinicos, A. (1996), «Whither Marxism?», en: *Economical and Political Weekly*, N° 4.
- Deutscher, I. (1984), «The Ex-Communist's Conscience», en: *Marxism, Wars and Revolutions*, Londres y Nueva York, Verso.
- Elliott, G. (2004 [1998]), *Perry Anderson. El laboratorio implacable de la historia*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València.
- Gramsci, A. (1999 [1929-1935]), *Cuadernos de la cárcel*, Tomo 4, México, Era.
- Keucheyan, R. (2013 [2010]), *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, Madrid, Siglo XXI.
- Lukács, G. (2005 [1919]), «¿Qué es el marxismo ortodoxo?», en: *Táctica y ética. Escritos tempranos (1919-1929)*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Palti, E. J. (2005), *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Petrucelli, A. (2010), *El marxismo en la encrucijada*, Buenos Aires, Prometeo.
- Tosel, A. (2008), «The Development of Marxism: From the End of Marxism-Leninism to a Thousand Marxisms – France, Italy, 1975-2005», en: Bidet, J. y Kouvelakis, S. (eds.), *Critical Companion to Contemporary Marxism*, Leiden y Boston, Brill.
- Trotsky, L. (2010 [1942]), *En defensa del marxismo*, en: Marxist Internet Archive, <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1940s/dm/index.htm>.
- Wallerstein, I. (1998 [1991]), *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, México, Siglo XXI.